

logró destruirlos, como se prometía. Drouet d'Erlón, destacado por Ney para ir en socorro del Emperador, y llamado á continuación por él, antes de llegar al término de su jornada, se paseó inútilmente entre Napoleón y Ney, fatigando á sus tropas sin conseguir prestar auxilio á ninguno de los dos. Los prusianos pelearon con verdadera saña y Blücher, derribado del caballo y pisoteado por los escuadrones franceses, debió su salvación á no ser reconocido. Admirablemente trazado el plan de batalla, en su ejecución se notaron varias deficiencias. Napoleón no había tenido fuerzas para ir de un extremo á otro del campo á animar á los soldados con su presencia; se hallaba enfermo; padecía largas somnolencias; había perdido la actividad de sus años juveniles. «Contemplando aquel rostro de color de cera, escribe el general Petiet, todos formamos los más tristes pronósticos».

Napoleón encargó á Grouchy que persiguiera á los prusianos mientras él se preparaba á atacar otra vez á los ingleses. Por desgracia para el Emperador, Blücher y Wellington se encontraron en el molino de Bry, jurándose mutuamente que cualquiera de ellos que sufriese el asalto de los contrarios se resistiría hasta la llegada del otro. A consecuencia de este acuerdo, el general prusiano, en lugar de dirigirse hacia Lieja, como primeramente pensara, reunió sus tropas el diez y siete de Junio en Wawre. Grouchy marchó sobre este punto al día siguiente, pero cuando le dió vista, ya no había allí sino veinticinco mil prusianos con el general Thielmann; los restantes, al mando del general en jefe, habían ido á reunirse con Wellington, sin que el francés lo advirtiera. Al oír retumbar el cañón de Waterlóo, los jefes de los tres cuerpos de ejército de Grouchy, Gérard, Exelmans y Vandamme quisieron correr al lugar del combate; mas Grouchy, se atuvo estrictamente á las órdenes que el diez y siete le comunicara Napoleón. El diez y ocho, no recibió del cuartel general más que dos órdenes faltas de precisión, y una de ellas, la segunda, con cuatro horas de retraso.

Los cañonazos que oyeron las tropas de Grouchy anunciaban que se había trabado la batalla decisiva. Wellington estaba atrincherado en una excelente posición, en la meseta del monte de San Juan, apoyando su derecha en el castillo de Hougoumont, su centro en la Haie-Sante y su izquierda en Smohain y en Papelotte; á su espalda extendíase el bosque de Soignies, que le cortaba la retirada: en caso de ser vencido, hubiera sido exterminado. Wellington, sin embargo, mereció bien en aquella jornada memorable el sobrenombre de *Duque de hierro* (*iron duke*), que sus contemporáneos le discernieron. Los franceses, formando una masa delante de Planchenois, estaban separados de las laderas del monte de San Juan por un riachuelo. Napoleón dirigió su primer ataque á la derecha de los ingleses, á fin de envolver en seguida su izquierda é impedirles juntarse con Blücher, á quien, por otra parte, se figuraba que tendría en jaque Grouchy. Su intención era empezar la acción muy temprano, pero se sentía peor de su dolencia, y además, habien-



Mr. Felipe Gonzalez Rojas

EL ÚLTIMO CUADRO DE LA GUARDIA IMPERIAL (WATERLÓO)

CAPILLA ALFONSO X

do llovido la víspera copiosamente, el suelo estaba lleno de agua y barro, así es que el combate no comenzó hasta las once de la mañana. Los franceses hicieron perder terreno á sus enemigos en la Haie-Sainte y en Hougoumont, y Ney entonces embistió el monte de San Juan: en aquel momento resonó el estampido del cañón por la derecha del ejército napoleónico, éste creyó que se acercaba Grouchy; mas no era Grouchy, sino la vanguardia de Blücher, capitaneada por Bulow. El emperador hubiera podido batirse en retirada; pero sabía que seiscientos mil aliados iban á pasar el Rhin á atravesar los Alpes, y se decidió á jugar el todo por el todo. Mandó, pues, á Mouton con doce mil hombres, para que contuviese á los prusianos, y dió orden á Ney de tomar á toda costa el monte de San Juan. Por dos veces, los heroicos coraceros de Millaud y de Kellermann escalaron las crestas del disputado monte, las dos tuvieron que retroceder, diezmados por las espantosas descargas de los ingleses. Ney demostró su arrojo y pericia habituales; no obstante, sus esfuerzos eran impotentes contra la fría intrepidez de sus adversarios. De pronto, circula por las filas imperiales la noticia de la llegada de Grouchy, esto es, de la salvación, de la victoria. Tampoco esta vez era Grouchy el que venía, sino Blücher, es decir, el desastre, la muerte. Napoleón trata de resistir á los prusianos con la guardia; pero los ingleses, dando vigorosa acometida, se llevan por delante las tropas de Ney hasta la Belle-Allience. Ney ve caer muerto bajo él á su quinto caballo, y se salva milagrosamente sin buscarlo. Desde este instante, no es posible evitar la derrota del ejército francés. Los últimos cuadros, la admirable guardia, protegen fieramente la retirada de sus hermanos, pagando con la vida su abnegación. La caballería prusiana persiguió á los fugitivos hasta la frontera. Treinta y dos mil franceses y veintidós mil aliados quedaron tendidos en el campo de batalla. Suelen discurrir los autores acerca de lo que habría sucedido si Napoleón hubiese triunfado en Wartelóo. En nuestro concepto, la cuestión es sencilla. Europa estaba resuelta á acabar con el escapado de Elba; vencedor éste en la sangrienta jornada de diez y ocho de Junio, habría sido vencido en cualquier otra.

Los restos del ejército imperial se replegaron, por Charleroy y Avesnes, sobre Laón. Aquí les abandonó su jefe, trasladándose á París, para prevenir la explosión del descontento público. Su precaución fué inútil. Todos le señalaban como autor de las desgracias de Francia, y las Cámaras se constituyeron en sesión permanente, á propuesta de Lafayette, intimándole que abdicase. Se resignó y renunció la corona en su hijo, nombrándose acto seguido un gobierno provisional, presidido por Fouché, que trabajaba secretamente á favor de los Borbones. Davout había reunido ochenta mil hombres para detener al enemigo, que avanzaba sobre París. Napoleón propuso tomar el mando de estas tropas como simple general de división; el gobierno provisional rechazó su ofrecimiento. Los aliados, arrollando las pocas resistencias que encontraran, aparecieron otra vez delante de la capital de Francia, que se rindió á Blücher y Wellington mediante un convenio mi-